escribidores en la WEB

RELATOS CREADOS POR HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS DEL TALLER ESCRIBIDORES (DESDE 2017) MIRAFLORES. escribidores40@gmail.com

ew2021-8

Cuando nada es seguro, todo es posible.

Escribidora:
MARIA IRIS PANDO.
(Lima, 1946)

Vivíamos en un departamentito en la Avenida Benavides por espacio de dieciocho años como compensación a un trabajo de convenios y uno de ellos era la habitación; todo era bueno hasta que doña María, la dueña, se enfermó de gravedad y en su lecho de muerte, me mandó llamar, había una joven y un señor de edad que luego supe era el notario; la joven era hija de la señora que servía en la casa de la dueña.

Doña María me dijo:

—Señorita Pando, hasta que usted decida retirarse del departamento, no se le aumentará el precio del alquiler salvo sea un caso de emergencia o que la nueva dueña (señaló a la joven) decida vender, ¡pero solo por emergencia! Doña María. mujer soltera, había albergado en su casa en San Borja a toda la familia de la señora que le servía, y como gratitud les heredó todas las propiedades y el dinero en el Banco.

La joven trabajaba en una oficina de venta de pasajes, me preguntó si podía ayudarla para trabajar en la clínica. Le expliqué que era necesario reunir requisitos especiales ya que es una institución religiosa y dan mucho énfasis en los valores morales. Me prometió esmerarse y le dije que haría lo posible.

Me llamó el gerente general:

—¿Está segura de garantizar a esta persona? —Me preguntó sabiamente. Me estaba jugando mi puesto, pero pudo más el deseo de ayudar.

—Sí. —Le dije.

Rápidamente la joven se familiarizó con el movimiento comercial más no con los valores, tanto así que, a los siete meses de la muerte de la bella doña, esta jovencita me refiere que venderá el departamento y que me daba la prioridad para comprarlo. El precio era desorbitante, inalcanzable, imposible de pagar y así se lo hice saber, sugiriéndole lo recapacitara.

Era un 20 de diciembre y el contrato de alquiler vencía en el mes de marzo.

Quince días después me llamó e hizo saber que bajaba el precio, última opción.

—Imposible. —Le contesté y le agradecí.

Me puse a llorar a solas, reclamando a mi amigo.

—¿Por qué? ¡Dime! ¿Qué hice mal? Mi intención fue de ayuda inclusive poniendo en riesgo mi trabajo. Tú siempre me has dirigido, me has ayudado. Te necesito.

Y lloré en sus brazos imaginarios. Me dio paz.

Caminamos, visitamos lugares, citas, llamadas telefónicas, pedí a mis compañeros de trabajo ayudarnos con sus oraciones intercesoras, y el 10 de febrero a las 10 p.m., la joven me llamó para decirme que había vendido el departamento.

—Pero… estamos aquí y aún nos queda más de mes y medio según contrato. ¿Qué pretendes?

—Entonces, lo veré por el lado legal. —Me dijo.

Increíble, ¿quién era esta persona?, ¿a quién había garantizado en el trabajo?, ¿qué había hecho con mi institución llevando este elemento?

Mi hermana menor, conversando con un sastre en la calle San Martín, se enteró (a la pregunta de si sabía si alquilaban departamentos por esta zona), que justamente la dueña de un predio a lado nuestro de donde vivíamos alquilaba una propiedad y le agregó que en ese momento, estaba en la esquina conversando con la señora Juana que vende frutas. Ni corta ni perezosa mi hermana se acercó con la suerte que la señora Juana conocía a mi hermana porque sus hijas vivían dos cuadras más arriba y ella siempre se suplía de sus productos. La abordó.

—Ciertamente, estoy arreglándolo para alquilarlo, ha estado siete meses cerrado.

Dirigiéndose a la señora frutera, le preguntó:

—¿Tú que dices?

—A ojos cerrados les alquilaría, las señoritas son unas damas. —Dijo Juana.

—Bueno, entonces les alquilo a ustedes. —Dijo la señora— Pero quiero que lo vean, ¿puede ser mañana por la mañana?

—Mis dos hermanas la esperarán, diga la hora. Le estamos muy agradecidas.

El solo saber que mi “Pedid y se os dará”, había sido escuchado, nos llenó de más esperanza. Vimos la entrada y luego que caminábamos por el pasadizo, mi corazón quería salir del pecho. Tenía un jardín, no necesitaría ascensor para mi madre. En el departamento de Benavides, vivíamos en el sexto piso y cuando se iba el fluido eléctrico teníamos que cargar con las compras y mi madre no podía subir muchas escaleras, además, podríamos tener plantas ¡Qué alegría!

Estaban cambiando el piso por lo que no pudimos ingresar al interior de las habitaciones… y nos dijo:

—Para el 15 de marzo estará listo o antes, en todo caso yo les llamo… —Y nos llamó para encontrarnos el 12 de marzo— Tengan la llave, pueden ir trayendo sus cosas poco a poco.

¡Qué grande eres! Le dije a mi amigo.

El 20 de marzo nos llamó de nuevo la jovencita, diciendo que se había desanimado y que prefería vendérnoslo. ¿No que lo había vendido?, dije para mis adentros. ¡Cuánta mentira más podía destilar esa persona ya no confiable, leal ni agradecida! Le agradecí “pero la palabra es la palabra. Nos vamos”.

Y el 30 de marzo, último día del mes que cayó domingo, ese departamento quedaba vacío y mi corazón lleno de gozo, pleno de alegría, gratitud y confianza.

—Gracias amigo. ¡Eres una persona maravillosa! Usaste a esa joven para salir de ese lugar a una casita, ¡la casita que nos tenías reservada!

En Jesús está mi esperanza.

TALLER CREATIVO ESCRIBE UN LIBRO TU LIBRO Milagros Salas Ochoa

(*) Historia publicada en el libro *La mejor persona que aun no conozco* de la autora.